
Y SABRÁN QUE YO SOY EL SEÑOR

EX 7,5

Letio brevis

P. Héctor Díaz Valencia SJ.



Mi breve intervención o contribución para ustedes –alumnos y profesores, personal variado y directivos- tiene como finalidad principal el inaugurar el curso lectivo 2014-2015

Les propongo algunos quehaceres académicos

LA FILOSOFÍA Ha recorrido muchos siglos, al menos desde el siglo V a.C. –siglo de oro de la Grecia antigua-, hasta nuestros días, con grandes pensadores y sistemas. La filosofía tiene gran importancia dentro del saber humano.

Ayuda a pensar, a ordenar la cabeza, a formular preguntas y proponer respuestas, a tratar de entender y clarificar, intelectualmente, el mundo, la historia, un Ab-soluto distante, un ser humano semi-cercano.

Resalta la importancia de la cabeza. Piensa a un ser superior. No puede pensar en él. Por lo mismo, no se plantea, no se formula la posibilidad de que hable, de escucharlo, de dialogar con él. Le resulta im-pensable dicha dinámica.

Define el mundo de las ideas y lo demuestra con argumentos de la cabeza.

Tiene peligros obvios: queda atrapada por un gnosticismo sin referencia hacia los demás y las realidades que viven, o por un contentamiento intelectual, emparentado con un intelectualismo frío, que puede conducir a una cerrazón del corazón, a un elitismo, a partir del cual el saber y el conocer no es para todos.

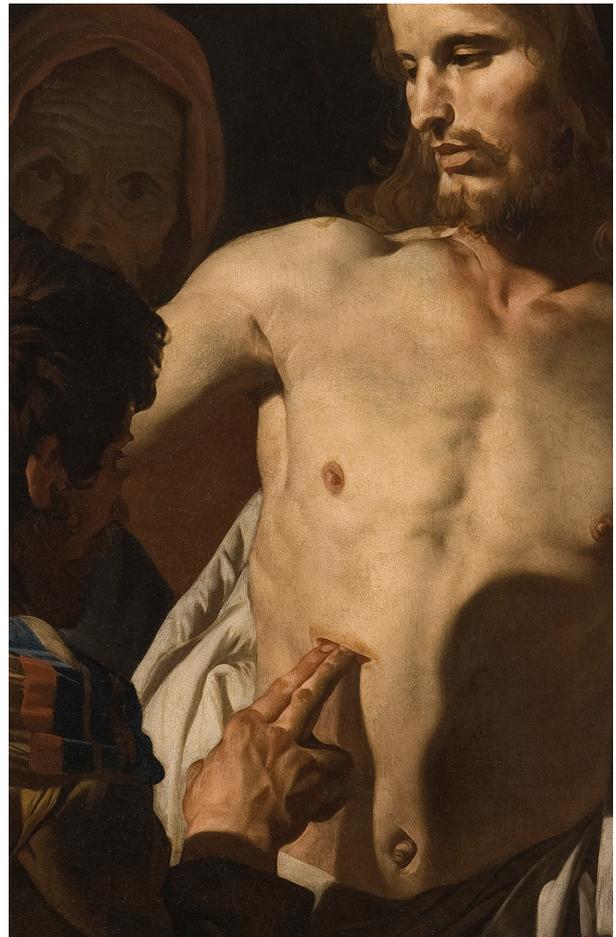
LA SAGRADA ESCRITURA

Propone muchas novedades para el auditorio contemporáneo del espacio y tiempo del Antiguo Testamento. Podemos afirmar lo mismo, pero con mayor ampliación geográfica significativa, a partir de los albores del cristianismo, de las actividades misioneras paulinas y la gestación de las primeras comunidades judeo-cristianas, a las que se fueron añadiendo las iglesias marcana, mateana, lucana, juánica.

La S.E. marca un parte-aguas, ante las propuestas del mundo heleno. Lo impensable desde las categorías filosóficas, aparece con sorprendente claridad e insistencia factual. La divinidad está presente en el mundo, en la historia, en la vida y en los proyectos de un pueblo. Los hombres y mujeres están invitados a vivir ante y con la divinidad, ante y con tantísimos otros referentes y sus diversas instancias.

La S.E. no fue escrita por hombres intelectuales, sino por hombres teólogos, orantes, místicos, carismáticos; incluso, por poetas que alaban las proezas del Señor.

Contiene muchas novedades para la inteligencia, la voluntad, el afecto, las actividades cotidianas, sobre el ser y el hacer del Señor y, también, sobre el ser y el hacer de los humanos.



¿Quién podrá narrar las proezas del Señor? (Sal 106,2).

Los autores-redactores hablan con el Señor; nos hablan del Señor y desde el Señor y desde los del Señor. Son teólogos de la historia y de todo lo que sucede en ella. Nos proponen una teología historizada, y una historia teologizada. Todo lo ven y consideran desde el Señor. Tienen ojos y corazón humano-teológicos.

La tierra es considerada por ellos como ‘lugar teológico’ privilegiado, para enmarcar todos los acontecimientos que nos van narrando los textos bíblicos.

En el conjunto de personajes importantes, encontramos a un grupo de hombres, reconocidos como ‘profetas’, no el sentido pagano de presagiar el futuro, sino con características muy particulares, que nos conviene resaltar:

Son hombres enamorados del Señor y enamorados de su pueblo. Por eso

Con un ojo ven al Señor, y con el otro, al pueblo,

Con un oído escuchan al Señor, y con el otro, al pueblo,

Con un único corazón, tratan de amar al Señor y amar al próximo, al hermano.

Son los grandes analistas de la realidad, desde los parámetros del Señor.

Tienen la capacidad de anunciar los designios del Señor de la Alianza, y de denunciar las fallas y los errores de los individuos y sus comunidades.

Los muy variados escritores, nos presentan, nos muestran y nos comparten

Sus hallazgos referenciales y experienciales,

Sus convicciones más íntimas y desde su ser completo, desde la antropología que se fue gestando a través de los siglos y de las Escuelas teológico-antropológicas.

Su gran aportación es presentar al hombre-mujer, ‘desde la parte por el todo’. Es decir, no en dicotomías. Desde la S.E., la creatura no tiene cuerpo; **es** cuerpo. No tiene alma; **es** alma. No tiene espíritu; **es** espíritu. No tiene corazón; **es** corazón. Y **es** otro cúmulo de posibilidades. Las dicotomías las hacemos los occidentales.

La S.E. tiene los recursos necesarios para fundamentar, puntualizar y propiciar los diálogos con la teología dogmática, la teología sacramental, la teología moral, la psicología, la espiritualidad, la vida mística, la sociología.

Les comparto tres pasos para hacer un buen análisis de los textos

- 1º) El texto debe estar situado en la historia, para entender por qué dice tal cosa.
- 2º) Los personajes importantes que encontramos en el texto y su contexto.
- 3º) La repercusión de los textos, en la totalidad de nuestras vidas.

El texto bíblico, en la historia

De entrada, nos resulta interesante saber que en el A.T. no encontramos el término 'historia'. Por tanto, debemos preguntarnos y respondernos lo que hace historia o quién hace la historia o qué es lo histórico o quiénes son los personajes históricos.

Los análisis bíblicos nos llevan a proponer que 'la historia', lo 'histórico', es la iniciativa gratuita de la divinidad para hacerse presente en y cercano a su criatura privilegiada, a través de su Palabra, y la capacita para que se comunique, a su vez, a través de sus propias palabras. En síntesis, nos invita a todos los hombres y mujeres a entablar diálogos con él: él nos habla, y nosotros lo escuchamos; nosotros hablamos, y él nos escucha. Esto sucede a través de las muchas generaciones y generaciones constatadas. Observemos que, en el proceso, hay una reciprocidad referencial única, y ciertamente es repetible por cada uno de nosotros.

Con esta propuesta dialogal, podemos irnos clarificando los contenidos y asentando las muchas frases que vamos leyendo en los libros o escuchando en las aulas o incluso que nosotros mismos las vamos proponiendo a nuestro auditorio. A modo de muestreo temático:

Dios e historia - Dios en la historia

Dios histórico

La historia de Dios con el hombre y la historia de los hombres-mujeres con Dios

Las intervenciones de Dios en la historia

La teología historizada y la historia teologizada

La historia de la teología - La teología de la historia

Los énfasis teológicos en la historia

Los 'lugares' histórico-teológicos referenciales

Los personajes importantes que encontramos en el texto bíblico

El Señor sobresale por su ser y su hacer en relación con el hombre-mujer.

¿**Quién podrá narrar las proezas del Señor?** (Sal 106,2).

Y sabrán que yo soy el Señor (Ex 7,5)

¿Quién es y cómo es este Señor que vamos encontrando en los textos?

Los textos bíblicos nos van invitando a reconocerlo como el Absoluto Señor, el Único-Señor, el Poderoso en todo, el Total y la Totalidad, el Trascendente-Inmanente. El Señor-Tri-Uno, el Padre de nuestro Señor Jesucristo.

Y muchos sustantivos y actividades referenciales, en número inagotable.

Es el que entra en nuestra tierra, en nuestra historia, en nuestras vidas.

Es el creador de todo (Gn 1,1-2,4a).

Nos bendice de generación en generación (Gn 12,1-4),

Decidió hacer alianza con nosotros (Gn 17,1-14; Ex 19,3-8.9-15),

Se enamora de nosotros y nos ama (Dt 7,7-11).

Es el Sacro-Santo (Lev 19, 1-2), en contraposición a las divinidades epocales.

Recibe nuestra entrega, al decirle “habla, Señor, que tu siervo escucha” (1 Sam 3,9)

Nos ama tanto, que nos envía a su Hijo (Jn 3,16).

Nos invita a aceptar que “sin él no podemos hacer nada” (Jn 15,5).

Y muchos otros textos sorprendentes y seductores.

A este Señor sí podemos y deseamos “amarlo con todo el corazón, con toda el alma, con toda la fuerza” (Dt 6,4-6; recuperado por Mc 12,28-34).

Y podemos hacerlo, porque el Señor es el primero en amarnos así y por iniciativa propia. Sorprendentemente, él nos ama con todo su Corazón, con toda su Alma y con toda su Fuerza y sobre todas las demás creaturas.

Él es y debe ser la opción fundamental de todo cristiano, de todo estudioso de la Sagrada Escritura y de la Teología –en sus varias áreas-, tanto los docentes como los discentes [los aprendices].

En definitiva, en este Señor “vivimos, nos movemos y existimos” (Hch 17,28).

Dejémoslo, por tanto, que siga viviendo en nosotros, que nos mueva –nos desinstale-, nos comparta su existencia.

Ante el Único Señor, todos los demás son ídolos: “Tienen boca y no hablan; tienen ojos y no ven” (Sal 115,3-11).

Los mediadores

Sobresalen los patriarcas y las matriarcas, Moisés, Samuel, Saúl, David, Salomón, muchos reyes y reinas, los profetas, la profetisa Huldâh, los sacerdotes [en sus varias categorías], los salmistas, los teólogos-escritores, los pobres de la tierra.

Y desde el Nuevo Testamento, porque el Señor-Jesús es el Mediador por excelencia, todos podemos y debemos ser mediadores de todos, con tal de que seamos sus discípulos, sus seguidores y sus servidores.

Los hombres y mujeres de todos los siglos, incluido el siglo XXI

“Ah, Señor, mira que no sé expresarme, que soy un muchacho.

Y me dijo el Señor: No digas 'soy un muchacho', pues adondequiera que yo te envíe, irás. Y todo lo que te mande, dirás. No les tengas miedo, que contigo estoy Yo para salvarte” (Jer 1,6-8).

Estas confidencias de Jeremías nos pueden ayudar para poner toda nuestra confianza y toda nuestra esperanza, sólo en él, y, desde él, aceptar todos los envíos cristiano-eclesiales. Uno de esos envíos es estudiar con esmero responsable, tanto la S.E. como la teología y sus varias áreas.

¿Qué es el hombre para que de él te acuerdes? (Sal 8,5).

¿Quiénes somos y cómo estamos delante del Señor-Dios-Bueno?

Necesitamos reconocernos como creaturas, y como tales, aceptamos ser pequeños, limitados, necesitados. Nos gozamos porque somos “imagen y semejanza del Creador” (Gn 1,26-27).

Anhelamos

ser hombres y mujeres de deseos e ilusiones,

ser hombres y mujeres para los demás y para vivir con los demás,

tener ‘ojos para ver y oídos para oír’,

crecer y madurar en libertad y compromisos cristiano-eclesiales,

estar en el mundo y en él vivir, pero sin los criterios del mundo (Jn 17,15).

Desde los estudios académicos, con miras a un futuro, nos planteamos la necesidad de una construcción espiritual, de una apertura al Espíritu-Constructor, de una gran entrega al Espíritu-Consolador, y al mundo y sus retos y necesidades.

“El hombre prudente edificó su casa sobre roca; el insensato, la construyó sobre arena” (Mt 7,24-27).

“He puesto los cimientos, pero es otro quien construye sobre ellos” (1Cor 3,9-11).

“Si el Señor no construye la casa, en vano se afanan los albañiles” (Sal 127,1).

La tierra, como lugar del encuentro entre el Señor y el hombre-mujer

“Entonces el Señor-Dios formó al hombre con polvo del suelo, e insufló en sus narices aliento de vida, y el hombre resultó un ser viviente” (Gn 2,7).

Como *'adamîm* que somos [hombres y mujeres], nuestro origen es la *'adamâh* [el polvo]. Es una relación pretendida teológicamente, para evitar toda divinización del ser humano. Somos del polvo, aunque insuflados por el aliento de Dios.

Estamos invitados a vivir con los pies en la tierra. Los pies simbolizan, aquí, a toda la persona humana. Nuestro ser completo está en la tierra, en el mundo, en la historia, en los conflictos, en la paz y en la guerra, en las invitaciones a colaborar en los cambios posibles o utópicos. No podemos vivir en las nubes, enajenados del mundo, ni con tintes de color rosado, como si nada pasara en nuestro entorno.

Por tantas experiencias registradas, la tierra es un ‘lugar teológico’, de encuentros privilegiados entre el Señor –el Dueño de todo y de todos- y el hombre-mujer de todos los tiempos; también el nuestro.

Y desde las invitaciones que el Señor Jesús nos hace, a partir de su predicación sobre el Dios del Reino, todo sucede en esta tierra: la conversión, el llamado y los envíos, el discernimiento, las deliberaciones y determinaciones, las opciones y las elecciones, las convicciones, el discipulado, el seguimiento y los servicios,

San Pablo, a partir de todas las enseñanzas que va compartiendo en sus iglesias, afirma que “Llevamos este tesoro en recipientes de barro (2 Co 4,7). Por parte del Señor, todo es grande, fundamental y armonioso; por parte nuestra, todo es de barro frágil y quebradizo.

La repercusión de la Sagrada Escritura y la Teología, en la totalidad de nuestras vidas

Una propuesta del quehacer teológico que se nos ha encomendado a los docentes y a los discentes, a los profesores y a los alumnos.

Es muy importante elaborar una hermenéutica evangélica para mejor entender el mundo, la historia, la vida, los hombres y mujeres, los problemas que nos invaden.

La teología debe fundamentar y propiciar la convicción que estructura y vigoriza la inteligencia e ilumina la voluntad y clarifica al corazón y fortalece las opciones.

Ella provoca una mente abierta e invita a estar de rodillas ante el Señor-Dios. Es decir, el teólogo debe tener un pensamiento abierto al 'plus' que le van comunicando el Señor, los estudios y la realidad existencial, inmersos en el mundo. Por tanto, debe aceptar que su pensamiento es 'inconcluso', porque el Señor sigue hablando, sigue interpelando, sigue invitando "a ver cosas mayores" (Jn 1,50), a tener más vida, más esperanza, más imaginación, más creatividad.

La verdad siempre está en desarrollo. Se va consolidando con los años; se amplía con el tiempo; se profundiza con la edad; se ama con el corazón experimentado.

Estamos invitados a aceptar que después de todas nuestras reflexiones y síntesis, ante el Señor, nuestras palabras quedan en balbuceos aproximativos.

En definitiva, 'Adonay [el Señor] siempre será el In-decible e In-abarcable (Filón de Alejandría); el In-nombrable (Dionisio el Areopagita); el Dios siempre Mayor (Deus semper maior [san Agustín]); el In-comprensible (Anselmo de Cantebury); el In-definible (K. Rahner).

Ciertamente, es el In-abarcable, el In-conmensurable, el In-manipulable; el Dueño, el Soberano, el Dador de todos los bienes y dones que nos va regalando. Y, al mismo tiempo, siempre ha sido y será un Señor cercano y de constantes iniciativas personales, el sorpresivo enamorado de nosotros (Dt 7,7) y el buen Pastor (TM 23).

Los estudios teológicos deben hacerse y proponerse en Nombre del Señor, en nombre de la Iglesia, y en favor de los hombres y mujeres más necesitados.

El biblista y el teólogo que no oran, que no adoran al Señor, que no experimentan al Señor, que no doblegan su inteligencia ante el Señor, terminan encerrados en el narcisismo más triste y doloroso. Se proyectan gnósticos intelectuales, que se complacen con su pensamiento, como algo completo y concluido. Son sujetos que proyectan estar encerrados en sí mismos.

Todos deberemos interrogarnos y respondernos, por si acaso, lo que significa desde esta perspectiva la dolorosa y angustiosa frase de María: "Se han llevado al Señor, y no sé dónde lo han puesto (Jn 20,13b). Y nosotros, ¿dónde lo estamos poniendo? O más triste, ¿dónde lo hemos dejado o lo podríamos dejar?"

La investigación y el estudio se deben proponer en su relación con la vida personal y la comunitario-eclesial, con la tarea misionera, la caridad fraterna, el compartir con el pobre lo que se tiene, con el cuidado de la vida interior en relación con el Señor, con nuestras opciones personales (estado y estilo de vida).

Los profesores debemos crear puentes de humanidad, por donde transiten nuestros alumnos, y por donde nos vayamos encontrando unos con otros, como compañeros de la vida. Debemos evitar ser intelectualistas fríos y sin talento, sin horizonte, o éticos sin bondad, sin caridad, sin amor. La ciencia humano-teológica no nace en el laboratorio. La teología se gesta y se experimenta en las plazas, en las encrucijadas de los caminos, en los arroyos, en las cárceles y en los hospitales.

Un breve muestreo de algunas propuestas en alternativa

Para los filósofos, pueden resultar desconcertantes y aun absurdas.

Para los cristianos, los biblistas, los teólogos, los aquí presentes, son una invitación para arrodillarnos ante el Señor y ante las propuestas y los contenidos que nos hacen los escritores en Nombre del mismo Señor. A modo de ejemplo septenario

Circuncidar nuestro corazón (Dt 10,16; 30, 6; Jer 4,4).

La Ley del Señor está escrita en el interior del corazón (Jer 31,31-34).

El Señor nos cambiará el corazón pedregoso, por uno carnososo (Ez 36,26).

Y el Verbo Eterno se encarnó, se *presencializó* entre nosotros (Jn 1,14).

Perdónanos, como también nosotros queremos perdonarnos unos a otros (Mt 6,12)

Vendremos a él, y haremos Morada en él (Jn 14,23)

Si no comen la carne del Hijo del hombre y no beben su sangre, no tienen vida en ustedes (Jn 6,53).

Tensiones que deben estar presentes en un Centro de estudios teológicos, y en particular en el CEVHAC

Debemos poner mucha atención en los pares y en su profunda interrelación

el centro de estudios	y	la periferia
la vida intelectual	y	la psicología
lo académico	y	la experiencia
el amor al estudio	y	el amor al Señor y a los hermanos/as
la cabeza	y	el corazón
la ciencia	y	la sabiduría
el escritorio	y	el trabajo sencillo y cotidiano

el estudio	y	la vida del y en el Espíritu
los análisis de textos	y	la oración y la contemplación
la investigación	y	la praxis evangélica
la enseñanza	y	la asimilación integral-procesual
lo aprendido	y	lo aprehendido
la síntesis teológica	y	la atmósfera espiritual
la fe	y	la justicia
el don	y	la tarea
la teoría	y	la praxis
el pensar	y	el actuar

Hacia una síntesis

Ojalá haya podido yo contribuir en algo, para que nos animemos a seguir la dinámica y el ejercicio de ubicar el texto bíblico en la historia, para entender lo que dice la Palabra del Señor a través de las palabras de los hombres y mujeres de los muchos siglos en que se fueron gestando los libros que han venido a configurar ambos Testamentos, y que nos dan tanta vida.

En dicha historia, necesitamos situar –con criterios y claves bíblicas- a los personajes más importantes que nos vamos encontrando en el texto que leemos, estudiamos, analizamos, sintetizamos, oramos, compartimos, predicamos.

Es importante resaltar la repercusión de los textos, en la totalidad de nuestras vidas y en el conjunto de nuestras actividades, emprendidas en Nombre del Señor.

Ojalá sigamos en la dinámica de desear tener y practicar las convicciones humano-teológicas que van configurando nuestro ser y hacer como discípulos, seguidores, servidores del Señor Jesús, en la Iglesia universal y en nuestras iglesias locales.

Y después de las muchas horas de estudio, desvelos y afanes, dentro y fuera de las aulas, ojalá podamos decir hacia el final de nuestras actividades, e incluso hacia el final de nuestras vidas, como lo asentó san Lucas,

Siervos inútiles somos.

No hemos hecho, sino lo que teníamos que hacer (Lc 17,10).